

ARKHAM HORROR



EL ÚLTIMO RITUAL



S.A. SIDOR

ARKHAM HORROR

*El* ÚLTIMO  
RITUAL

S. A. SIDOR

minotauro

Título: *El último ritual*

Copyright © 2022 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos. Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2020 por Aconyte Books

Título original: *The last ritual*

Ilustración de la cubierta: John Coulthart

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Laura Vázquez

Edición revisada por: Eduard Roca

ISBN: 978-84-450-1157-7

Depósito legal: B. 17.396-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## CAPÍTULO UNO

—¿La última vez...?

Alden Oakes se alejó de la ventana mirando con calma al periodista novato, que había detenido el lápiz sobre el bloc de notas. Hasta ahora, Oakes había evitado sus preguntas con habilidad, empleando una combinación defensiva de charla trivial y silencios incómodos.

—Pensé que podríamos empezar por ahí —sugirió el reportero con insistencia. Tenía una fecha de entrega que cumplir.

Alden asintió y siguió caminando de un lado a otro por la habitación del hotel.

—Está raro el tiempo últimamente. Primero una densa niebla y luego una bruma que se levantó como un velo gigantesco y diáfano. Y ahora empieza a llover. Esta mañana no tuve que abrir este aparato durante todo el camino, desde la estación de tren hasta aquí —dio unos golpecitos en la ventana con el paraguas que estaba utilizando a modo de bastón. El reportero se había dado cuenta de que el famoso pintor padecía una leve cojera—. El aire está curiosamente templado para ser mediados de verano, ¿no crees?

—Es mejor que el calor —respondió el reportero. No tenía especial interés en hablar del tiempo, pero merecía la pena intentar cualquier cosa que ayudara a que su sujeto se relajase y se abriera a él.

Alden miró el cielo gris a través de la ventana como si estuviera tratando de descifrar las formas de las nubes.

—¿Cómo se siente tras haber vuelto de nuevo al hotel? —preguntó

el joven, persistiendo con suavidad en su intento de que hablase una vez más y preguntándose si aquella tarde acabaría siendo una gran pérdida de tiempo.

Normalmente había dos formas de hacer las cosas: o forzabas todavía más al sujeto corriendo el riesgo de perderle o te quedabas callado y dejabas que la presión del silencio hiciera la magia. Aún no se había decantado por ninguna de las dos estrategias.

—El portero me saludó con el sombrero como si fuéramos viejos conocidos —respondió Alden.

La lluvia siseaba y se deslizaba por el cristal.

El reportero tomó una decisión. Había pasado horas intentando sonsacar historias a personas taciturnas en lugares mucho más desagradables que el lujoso hotel Portal de Plata. Podía permitirse matar un poco el tiempo desde el confort de una habitación cara, así que dejó caer el lápiz sobre el bloc de notas y se apartó del escritorio de la habitación, dejando escapar un suave suspiro. Aunque era compacto, el escritorio era más cómodo que su abarrotado cuchitril del *Arkham Advertiser*, donde estaba obligado a compartir su espacio con un reportero deportivo: un consumidor habitual de aperitivos que dejaba marcas de café y migas de donut por todas partes. Si el artista quería hacerse el tímido, esperaría lo que hiciera falta sin decir nada. Observó la vista sombría y gris del centro de Arkham tras el pintor.

Alden se alejó de la ventana y esbozó una sonrisa. Se sentó, apoyándose en el respaldo del sofá con las manos posadas sobre el mango del paraguas que sujetaba entre las rodillas. Inclinandose hacia delante, encendió una lámpara que bañó de luz la habitación, cada vez más oscura a pesar de que aún era mediodía.

—¿Estás listo?

—Sí, señor Oakes. Empezamos cuando quiera. —«¡Victoria!», pensó, y agarró de nuevo el lápiz.

Resignado, Alden se hundió entre los cojines de terciopelo verde claro del sofá y cerró los ojos.

—La última vez que vi el hotel Portal de Plata, estaba en llamas. Yo también, o al menos mi chaqueta lo estaba, antes de que un bombero de Arkham me derribase y me hiciera rodar por la hierba para extinguir las pequeñas llamas que subían por mi espalda. Escapé con vida, como dicen.

—Es usted un hombre afortunado —respondió el reportero.

Ahora que la pelota estaba en juego, solo tenía que hacerla rodar. Aún podría sacar una historia decente de aquello; después de todo, el trágico y sospechoso incendio del Portal de Plata había sido una de las noticias más importantes en Arkham el año pasado. Pero Alden Oakes solo se consideraba una pequeña parte de ella, una nota de una celebridad local a pie de página. Nada menos que un *pintor* famoso.

—Estoy seguro de que algunos me considerarían afortunado. —Alden le miró con astucia y el joven frunció el ceño, confuso. ¿Preferiría haberse churruscado como un trozo de beicon?

Alden prosiguió:

—La habitación en la que estamos, la que reservé para mi regreso a casa, sobrevivió intacta a la catástrofe. Sufrí graves daños por el humo, como el resto del hotel, pero nunca lo dirías a juzgar por la apariencia actual del edificio. Han lavado los ladrillos, que ahora relucen por la lluvia; el deslumbrante suelo de mármol del vestíbulo brilla como si se tratase de un tablero de ajedrez gigante y han puesto jarrones llenos de rosas de color rojo viejo y calas blancas. ¡Menudo cambio! Sí, han obrado un verdadero milagro poniendo este hotel de nuevo en funcionamiento en poco más de un año.

El reportero comenzó a garabatear notas.

—La gran gala de reapertura está prevista para mañana. ¿Le sorprende que los dueños del hotel le hayan invitado?

—¿Por qué? ¿Por los rumores? ¿Por mi confinamiento? —Alden levantó la voz—. Nunca se confirmó nada de eso, solo fueron insinuaciones y conjeturas inútiles. La prensa sembró aquellas teorías para vender más periódicos. Gente como tú —controló su ira, reprimiéndola bajo la superficie—. Otros les influenciaron, por supuesto. Los médicos dijeron que necesitaba descansar. Sufría un agotamiento físico y mental. No, no me siento culpable por lo que le ocurrió al hotel, pero admito que fue una sorpresa recibir la invitación. ¿Quiénes son los dueños, por cierto? ¿Lo sabes?

El reportero negó con la cabeza.

—Es un maldito secreto. La empresa que lo gestiona se encarga de las actividades cotidianas, pero el papeleo legal es confuso y lleva una pirámide de compañías, la mayoría, europeas. Un fondo financiero anónimo paga los impuestos, eso es todo lo que he podido averiguar...

—No te molestes en hacerlo, no encontrarás nada. —Alden hizo un gesto con la mano—. Tampoco importa.

—Pero querían que estuviese aquí.

—Se me exigió que estuviera presente. —Alden se inclinó hacia delante—. Acabo de terminar una exposición en una galería de Nueva York. Ya no tengo un hogar real, no en Estados Unidos. Estaba debatiéndome entre volver a Francia o pasar unos meses en Sudamérica pintando ranas y orquídeas a orillas del Amazonas. Incluso pensaba en contratar un bote a pedales con una pequeña tripulación que me llevase hasta el interior de la jungla.

—Y, sin embargo, aquí está —respondió el joven, sacudiendo la cabeza con incredulidad. ¡Un viaje a la selva amazónica! —Ahora era el momento de cosechar una buena historia. Seguro que colgaban de los árboles como un racimo de plátanos. Un periodista podía escribir un libro enorme y grueso sobre ello—. ¿Por qué se perdería un viaje así, si puede saberse? Yo me apuntaría sin pensármelo dos veces.

—Las aventuras no necesitan un escenario exótico, solo el espíritu adecuado...

¿Qué narices significaba aquello? Bueno, el joven reportero no estaba allí para discutir sobre itinerarios de viajes al extranjero.

—Siga hablando, señor Oakes. No pretendía interrumpirle —dijo.

—No te preocupes. ¿Puedes repetirme tu nombre?

—Andy. Andy Van Nortwick.

—Bueno, Andy. Déjame hacerte una pregunta. ¿Cuántos años crees que tengo?

Complacido porque el humor del artista hubiese mejorado, Andy cerró un ojo y evaluó su sujeto. Oakes era delgado y su piel pálida rozaba un aspecto tísico, salvo por la cicatriz del tamaño de un centavo que adornaba su mejilla izquierda. Llevaba un bigote lápiz y el pelo peinado hacia atrás con una onda rubio arena que se rizaba desde su alta frente aristocrática. Solo vestía con ropa de primera, y esta vez había elegido un traje hecho en Londres a medida. Pero sus ojos lo delataban: parecían acuosos y viejos, atestados de arrugas causadas por la preocupación, las noches en vela y el arrepentimiento.

—Nunca he trabajado de adivino ni nada de eso, pero voy a suponer que tiene unos cincuenta.

—Un número muy redondo. Dejémoslo en cincuenta, entonces.

—Yo tengo veintinueve. Los cumplí hace dos semanas —las mejillas del reportero se tiñeron de rojo—. Lo siento, señor Oakes. No pretendía insultarle.

Alden sacó una pitillera dorada y un encendedor de bolsillo clásico, de los que funcionan con aceite. Le ofreció un cigarro al reportero y luego encendió ambos pitillos.

—Eso es lo que las aventuras les hacen a las personas, Andy.

Alden guiñó un ojo y se recostó en el sofá antes de exhalar una columna de humo hacia la habitación. Andy se sentía avergonzado. El reportero del *Arkham Advertiser* no levantó los ojos de su bloc de notas en ningún momento. Llevaba escribiendo para el periódico poco menos de un año, y antes de eso, había estado repartiéndolos subido en su bicicleta. Estaba ansioso por escribir una historia más trascendental que la del perro de la señora O'Reilly, que se había perdido al abandonar el porche en busca del lechero. En silencio, se maldijo a sí mismo por ser tan necio; un verdadero palurdo. No era como aquellos cínicos periodistas veteranos que metían sus mugrientas narices en todos los pasteles políticos y que escribían historias a cambio de favores o como venganza por algo. Él no tenía ningún plan secreto, nadie manejaba sus hilos. Aún no, al menos. Él solo quería contar la verdad. Cuando levantó la vista de nuevo, la expresión de Alden se había suavizado.

—No fue fácil caminar por estos pasillos después de lo que me ocurrió la última vez —dijo el pintor—. El corazón me latía con fuerza cuando me registré en recepción y me dieron la llave. Tienen al ascensorista vestido como un falso guardia de palacio. Es muy raro. Casi compadezco al pobre hombre, ahí sentado en su taburete.

—Yo también lo he visto —respondió Andy, sonriendo—. Apuesto a que se aburre de estar sentado en esa caja, subiendo y bajando todo el día.

—Estoy de acuerdo —dijo Alden—. ¿Soy yo o el personal del hotel parece terriblemente alegre? Me pregunto cuántos de ellos trabajaban aquí antes del incendio. Llegué pronto para evitar el ajetreo; la mayoría de los invitados a la gala no vendrán hasta la tarde o la noche. Mientras el ascensor subía, jugueteé con la llave de mi habitación, acariciando su llavero de latón. Tiene la forma de la fachada del Portal de Plata, pero en miniatura. Mira, échale un vistazo. —Alden sacó la llave de su habitación del bolsillo y se la tiró a Andy.



—Pesa —observó Andy, antes de devolvérsela.

—El fuego se detuvo en el duodécimo piso. Las mangueras nunca llegaron hasta aquí. —Alden dio unos golpecitos en el número de la llave—. 1481, mi habitación de esta noche. Entré y eché el cerrojo a mis espaldas. Solo el humo entró en la 1481 aquella noche infernal. Mucho humo. Lo olí en cuanto me encerré dentro y, como un sabueso que sigue el rastro de un olor, me puse a cuatro patas, pero no detecté más que el aroma a ropa de cama recién lavada y el perfume de aceite de limón del abrillantador de madera. La alfombra nueva tiene un tacto distinto, más mullido de lo que recordaba, y han repintado las paredes. El nuevo color es terriblemente insulso, mucho más pobre y claro que el original. Una persona normal no notaría la diferencia, pero yo sí. Hubiera sido mejor demolerlo, empezar de cero. Supongo que todo se redujo a los costes. Han optado por intentar encubrirlo todo, pero los restos siguen ahí, bajo la superficie. Pistas y ecos. Antes de que llamasas a mi puerta, olí a humo en el baño. Estaba *seguro* de que lo había olido. Fue un olor fugaz pero nítido, distinto al de los cigarrillos y similar a un gas acre y asfixiante. Lo investigué, pero no encontré ningún rastro de él a excepción de un residuo decolorado que salía de la bañera. Fue extraño.

El reportero no pudo evitar respirar hondo.

—Ahora no hueles nada, ¿verdad, Andy?

—En absoluto, señor Oakes.

—Quizás esté jugando conmigo —dijo Alden—. El hotel, digo. O puede que sea otra cosa... —El pintor pareció perdido durante un momento, desconcentrado, con la cabeza inclinada como si estuviese escuchando un sonido apagado y lejano. Pero entonces volvió en sí—. Los muebles parecen sólidos y elegantes, aunque convencionales: una mesa, una cómoda y una mesilla de noche. El cómodo sofá y las sillas, ese escritorio pequeño y pulcro en el que estás sentado escribiendo mi historia al completo... Mi versión de los hechos tal y como ocurrieron... lo que me pasó...

—¿*Qué* le pasó? Fue más que un terrible incendio, ¿no? —Los ojos de Andy chispearon.

—Algún día serás un buen reportero, Andy. Tienes olfato para ello, como dicen. Me pregunto si me creerías si te contase todo lo que vi, todo lo que sé que es verdad.

—Deme una oportunidad. —Andy dio unos golpecitos para sacudir las cenizas de su cigarrillo y se humedeció los labios secos.

—Tengo una botella de ginebra en mi maleta —dijo Alden, levantándose con rapidez para acercarse al armario. Sacó una maleta de piel de cocodrilo roja y la colocó en el portaequipaje antes de sacar una pequeña llave de un collar que llevaba bajo la camisa y desbloquear sus cierres. De la maleta sacó una botella de ginebra de contrabando, una coctelera y unas gafas, y luego la dejó abierta—. Pásame ese cubo de hielo, ¿quieres? ¿Tienes sed?

Andy encontró un cubo lleno de hielo exudando sobre la mesilla de noche y se lo llevó al pintor.

—No bebo mientras trabajo —respondió—. A mi jefe no le gustaría que infringiese la ley.

—Admirable —dijo Alden—, pero el Dry Martini es para mí. Tus *ginger ale* están en el cajón del escritorio. —Alden le tiró un abridor y, cuando ambos hombres tuvieron sus bebidas frías, volvieron a tomar asiento. Alden alzó su vaso para brindar—. ¿Por qué deberíamos brindar?

—¿Por la verdad?

Alden negó con la cabeza.

—Demasiada responsabilidad. ¿Qué te parece «por mi versión de los hechos»?

—Por su versión de los hechos —dijo Andy, dando un sorbo a su *ginger ale*.

Alden dio un largo trago a su ginebra.

—Eso es lo único que puedo decirte, en realidad. Ninguno de nosotros lo sabe, al fin y al cabo. Nina estaría de acuerdo. Le caerías bien.

—¿Quién es Nina? —preguntó Andy.

—Es mi mejor amiga —respondió Alden—. Ahora te hablaré de ella, es una parte importante de todo este enigmático asunto. También es escritora, mi Nina. Ella diría: «Alden, si nosotros no le contamos a la gente lo que ocurre, ¿quién lo hará?».

—Parece alguien a quien me gustaría conocer.

Alden sonrió con melancolía.

—Nina no está aquí para ayudarnos ahora. Su arma eran las palabras; la mía, los colores... Los lápices y las brochas; las pinturas y los lienzos. Ella habría sido una fuente muchísimo mejor para ti pero, en

lugar de a ella, me tienes a mí. Si te entra el hambre, dímelo. Pediremos algo al servicio de habitaciones, ostras Rockefeller y cócteles de gambas. Añádelo a la cuenta del hotel.

—Genial. Nunca había comido como un ricachón.

Alden dejó su copa para fumar otro cigarrillo. Encendió su mechero dramáticamente y dijo:

—Mi curioso amigo reportero, haré todo lo que esté en mi mano para exponer las cosas correctamente. La terrible verdad de los sucesos tal y como ocurrieron e incluso los increíbles y escandalosos detalles y los hechos más repugnantes y asquerosos. Pero debes saber que todo empezó mucho antes de aquella aterradora noche en el hotel Portal de Plata.

El lápiz de Andy se movía de forma mecánica sobre la hoja en blanco, rellenando sus líneas.

Y, así, Alden comenzó su historia.